

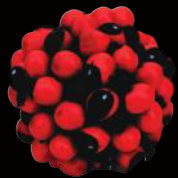


KOSHI

LA FUERZA DE LAS MUJERES

NOMABO





KOSHI
NOMABO

LA FUERZA DE LAS MUJERES



Koshi Nomabo, «La Fuerza de las Mujeres», en su traducción del Shipibo, es un material que pretende acercar una pequeña parte de la cultura del pueblo Shipibo-Konibo a través de una cosmovisión representada en las diferentes creaciones artísticas y artesanales que los definen como uno de los mayores grupos étnicos de la Amazonia peruana. Este reconocimiento de su propia identidad permite identificar en cada una de sus creaciones su manera de interpretar el mundo y su realidad como pueblo indígena desde su propia existencia.

Este proyecto surge a raíz del trabajo desempeñado con un grupo de mujeres artesanas en la ciudad de Lima durante los meses de octubre y noviembre del año 2017, gracias a una ayuda de voluntariado otorgada por el CICODE: Centro de Iniciativas para la Cooperación al Desarrollo, de la Universidad de Granada.

El pueblo Shipibo-Konibo, originario de la Amazonia peruana, se distribuye a lo largo de las riberas del río Ucayali, el cual nace en la Cordillera de los Andes uniendo el río Amazonas en el norte de Perú. Desde la década de los ochenta este grupo étnico fue llegando desde la selva a la capital peruana en busca de unas mejores condiciones de vida para las nuevas generaciones. Este desplazamiento de población, aparentemente volun-

tario, está indirectamente forzado por el aislamiento y abandono institucional al que los Shipibo-Konibo, como otros muchos pueblos indígenas, se han visto sometidos durante décadas. Este aislamiento se debe en gran parte a las políticas llevadas a cabo por el país y a la entrada de empresas extractivas de recursos naturales que inundan y abundan en la Amazonia y, por ende, en Perú.

Fruto de ese «éxodo selvático», más de doscientas familias Shipibo-Konibo se fueron asentando en la capital peruana, en la vorágine de Lima, allá por la década de los dos mil y construyeron sus casas de madera a las orillas del río Rimac, uno de los mayores focos de contaminación fluvial de la ciudad, creando su pequeña comunidad de «Cantagallo».

Ante el cambio radical respecto a su origen como pueblo indígena y deterioro de su relación directa con la naturaleza y con la selva, los Shipibo-Konibo habitaban en Cantagallo tratando de resistir al incesante caos que domina en la gran urbe, intentando tolerar el cambio de vida que supone salir del entorno amazónico, a pesar de encontrarse en una de las zonas más olvidadas, precarias y con peores condiciones de habitabilidad de la capital.

Así fue hasta el 4 de noviembre de 2016, cuando un fuego incontrolable arrasó todas sus casas y pertenencias, acabando con las pequeñas redes que la comunidad había ido tejiendo en la ciudad de Lima y hundiendo el sentimiento y la fuerza de cohesión que los había mantenido en Cantagallo. Más allá de los motivos que originaron el fuego, el pueblo tuvo que realojarse y reubicarse en diferentes distritos de la ciudad, lo que provocó la dispersión en pequeños grupos poblacionales, con las evidentes consecuencias sociales y económicas que se derivan de cualquier fragmentación en un grupo humano, especialmente evidente en este caso dada la organización comunitaria de este grupo étnico.

En este realojo, alrededor de una veintena de familias se reubicaron en un terreno en Campoy, en el distrito de San Juan de Lurigancho, en la periferia de la capital limeña. Al igual que Cantagallo, incluso más, si cabe, por su ubicación, Campoy es una de las zonas más pobres y con menos servicios y recursos de Lima. Allí, las familias Shipibo-Konibo tratan de recomponer su identidad cultural una vez más en una ciudad gris, contaminada, que intenta alejar del centro y de los ojos del turismo las raíces y la sabiduría ancestral



de las culturas indígenas que hacen de Perú el tercer país de Latinoamérica con mayor número de pueblos originarios.

De esta veintena de familias que habitan en Campoy nace Koshi Nomabo, una pequeña muestra de la relación espiritual, física y cultural que el pueblo Shipibo-Konibo mantiene con la selva, su lugar de origen, y la representación visual que las mujeres de este grupo étnico hacen del conocimiento ancestral transmitido de generación en generación. El resultado es una creación única, inspirada siempre en la Madre Tierra, proveedora de todo y de toda forma de vida.

El material que tiene en sus manos es una recopilación fotográfico-testimonial llevada a cabo con las madres artesanas de Campoy. Son ellas las transmisoras culturales de sus futuras generaciones y las guerreras que persiguen la ilusión de compartir su particular visión de la energía que mueve el mundo, a través de su arte, a una sociedad que da la espalda a sus orígenes. Esta es «la fuerza de las mujeres» Shipibo-Konibo.



TRANSFORMACIÓN ARTÍSTICA

La visión holística que tienen los pueblos indígenas acerca del mundo queda delicadamente manifestada en su arte. Esa consideración del universo como algo unido e interrelacionado entre sí, evidencia la conexión del humano con la naturaleza que concierne a todos los pueblos amazónicos. Esa respetuosa relación con el cosmos que mantienen los pueblos originarios refleja la creencia de la existencia de una gran diversidad de mundos, situando a la naturaleza como fuente de vida e irradiadora de sabiduría en la que el humano, a través de la mitología, trata de conectarse con el mundo supraterráneo.

Las mujeres del pueblo Shipibo-Konibo, encargadas de transmitir el legado ancestral de su cultura a través del arte, simbolizan en cada una de sus creaciones artísticas esa comunicación que mantienen los hombres y mujeres con la selva. Por ello, para la producción de sus obras utilizan la abundancia de recursos que les brinda su entorno natural, encontrando en la diversidad de fauna y flora, no solamente una fuente de elementos instrumentales, sino la inspiración para transmitir su cosmovisión mediante cada pieza artística.

Sirviéndose del conocimiento tradicional y de la memoria

histórica rescatada de generación a generación, las mujeres artesanas expresan los sentimientos y la cosmovisión del pueblo Shipibo-Konibo mediante un amplio abanico de materiales, formas, líneas y colores, empleando para ello diversos pigmentos naturales, tintes procedentes de las plantas y árboles de la Amazonia, así como semillas y huesos de animales para la creación de sus obras.

Dentro de su artesanía, destaca la elaboración de textiles donde predominan dos técnicas utilizadas desde la época de sus antepasados Kené y Kewé. Por un lado, el Kené viene a representar esa interpretación cosmológica de las mujeres Shipibo-Konibo mediante la pintura de las telas de tocuayo (algodón), la cual posee un primer tratamiento a base de corteza de caoba para teñir los tejidos y conseguir diferentes tonalidades dependiendo del grado de color que precise cada pieza. Para la realización de los diseños y, a modo de pincel, las mujeres recogen del bosque palos de chonta o cañabrava, aunque tal y como ellas expresan y tratando de conseguir llevar a cabo trazos más finos, llevan unos años introduciendo el metal para aquellos detalles que requieren una minuciosidad a la que el ancho del palo no permite llegar.

El Kewé, en cambio, se trata de una creación artística basada en el bordado con aguja. En ocasiones se utiliza el tejido creado con la técnica de Kené como soporte y sobre este se va completando la obra con diferentes colores, formas y relieves, que dan a los tapices, faldas, tapetes y telas, un acabado que desprende la grandiosidad de la cultura Shipibo-Konibo, integrando esa visión holística hasta llegar incluso a lo hipnótico en su arte.

La producción artística de este pueblo se sirve de la gran diversidad de materiales y formas empleadas para realizar sus artesanías, pudiendo encontrar desde atrapasueños elaborados con escama de paiche, un gran pez amazónico, a instrumentos musicales, como maracas, realizadas con shacateuna (una especie de calabaza), hasta diferentes collares, pulseras y piezas de bisutería a partir de hilos y semillas naturales.

Como acabamos de nombrar, uno de los recursos sobre los que se fundamenta su artesanía es la utilización de semillas para su producción artística. Las mujeres Shipibo-Konibo se adentran en el interior de la selva para recolectar las diferentes semillas que les ofrecen los árboles y plantas de la



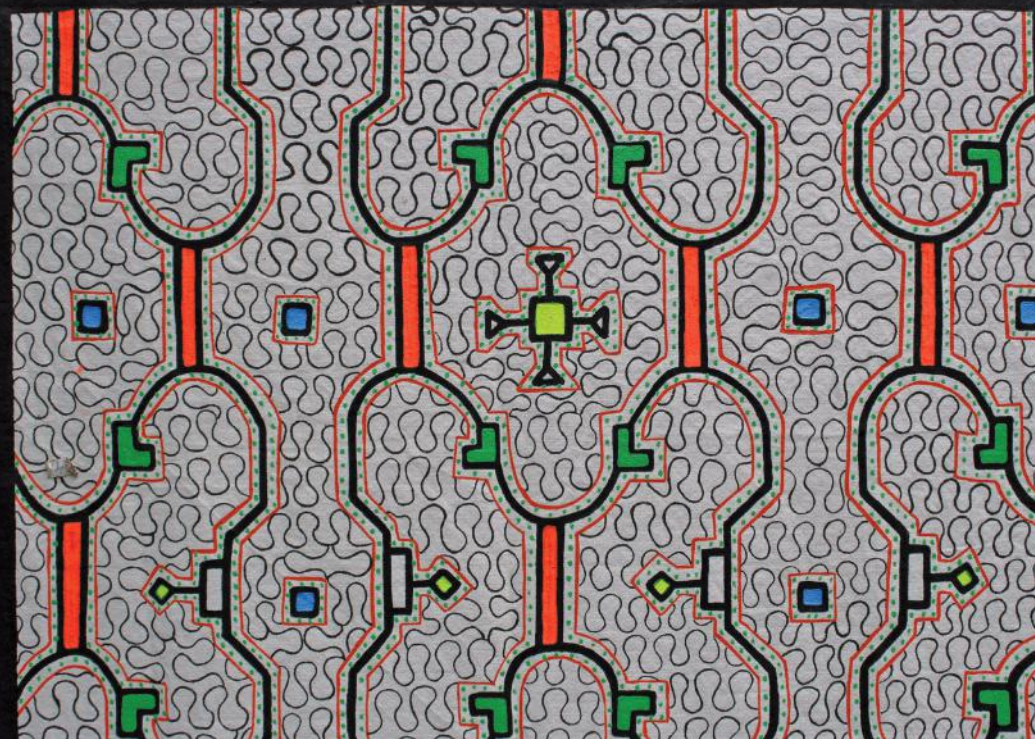
Amazonia peruana. De esta manera, obtienen una amplia gama de matices y tonalidades que varían también en tamaño y forma. Cada semilla tiene un significado y un uso dentro de la cosmovisión Shipibo y, son empleadas desde los tiempos de los Incas para rituales y ceremonias atribuyéndoles poderes místicos, como la curación y protección ante las malas energías. Algunas de las más empleadas por las artesanas Shipibo-Konibo son los huayruros, oriundas del Perú, que destacan por su color rojo intenso, con manchas negras en el caso de la semilla macho, relacionadas con la suerte, o las achiras, características por su color negro, relacionadas con el alma humana. También utilizan la semilla llama-plata, con sus poderes mágicos para atraer la fortuna, o las semillas de azahi, que dan la visión de los colores de la vida y de la selva, así como los choloques o semilla de jabón, utilizadas por sus antepasados para limpieza de sus vestimentas, o la pashaca, característica por su forma plana, válida para la protección, y el ojo de vaca, que da éxito en la vida y seguridad en el camino y, por último, la sharashara o lágrimas de San Pedro, que protegen de las envidias y repelen las energías negativas. Además de las semillas, llama la atención la utilización en





la artesanía indígena de bolitas de plástico llamadas mostacillas para la creación de brazaletes con diseños geométricos que simbolizan y nos hablan de la cosmovisión amazónica.

El conocimiento para la transformación de los recursos naturales es un saber tradicional que cada mujer aprende desde pequeña, por eso cada elaboración es un maravilloso símbolo de sostenibilidad, donde la naturaleza proporciona todos los ingredientes para quien sabe cómo buscarlos. Los diseños Shipibo-Konibo provienen de la inspiración concedida por la memoria de los ancestros, por ello, y a pesar de la complejidad de cada pieza, todas se realizan sin patrón, dando como resultado una diversidad y diferencia de obras tan extensa como únicas.



A close-up photograph of a hand with red nail polish pointing to a vibrant, multi-colored textile pattern. The pattern features complex, interconnected geometric and organic shapes in shades of purple, yellow, green, and red. The hand is wearing a blue and white striped wristband and a colorful, textured sleeve. The background shows more of the same textile, with a different section featuring a repeating diamond pattern in pink and red.

COSMOVISIÓN

En ese intento de explicar el mundo que les rodea, las sociedades han desarrollado distintas concepciones sobre su entorno natural y el mundo terrenal visible, pero más si cabe, lo han hecho especialmente sobre aquellas cuestiones que escapan a la percepción de los sentidos, como el concepto de «el más allá». Si bien las teorías del universo se basan en una sola realidad, en la cosmovisión indígena amazónica se parte de la creencia de la existencia de una multiplicidad de realidades regidas por normas propias. Partiendo de la base comparativa de las diferencias cosmogónicas entre las sociedades occidentales y las amazónicas, podemos señalar como elemento común en las segundas, la unión entre cultura y naturaleza, es decir, entre el humano y el medio natural que lo alberga. Desde ese punto de vista, se parte de la igualdad de los seres vivos que habitan el planeta, sin establecer jerarquías y escapando de la categorización occidental. Mediante esta percepción se entiende que los humanos, los animales y el conjunto de la vegetación establecen un poderoso juego de sinergias, donde la interacción de todos los elementos influye por igual en un todo, el cosmos.





Esa concepción universal de los pueblos amazónicos, a pesar de las particularidades que presenta cada región, parte de la premisa de que todo sujeto, material u objeto posee una contraparte espiritual, invisible para los ojos, que se encuentra enmascarada en la realidad de lo visible. La visión animista de las sociedades indígenas de la Amazonia otorga un gran valor al conocimiento de las dimensiones imperceptibles desde lo físico. Por ello, consideran al mundo invisible a los seres espirituales y a la esencia divina que contiene la naturaleza, como portadoras de la sabiduría y de la energía necesaria para el bienestar humano. Concretamente, los Shipibo-Konibo interpretan cuatro mundos, el mundo del agua, el mundo de la tierra, el mundo del bosque y el mundo de los astros, y de la conjugación de todos ellos emana la sabiduría.

El universo está lleno de vida, todo tiene espíritu en la naturaleza y es posible mantener relaciones con ella mediante las personas a las que el más allá ha otorgado un don especial. Estas personas portadoras de luz, conocidas generalmente en las comunidades amazónicas como chamanes o curanderos, acuden a la memoria de las plantas sagradas en busca de la sabiduría y el conocimiento sobre el uso de la medicina natural que proporciona el bienestar para los humanos. Es así como, a través de la ingesta de diferentes plantas que se encuentran en la selva, los chamanes alcanzan ciertas visiones que les permiten conectarse con el corazón de la selva. Para lograr esa relación con los espíritus que habitan en la naturaleza, los chamanes aprenden desde pequeños el legado cultural de sus ancestros en cuanto al uso, preparación y transformación de esas plantas sagradas en medicina espiritual que les enlaza con el mundo supraterrrenal.





Dentro de la cultura Shipibo-Konibo existen diferentes categorías de aprendizaje respecto al conocimiento chamánico. En un primer lugar, los onanya, considerados como los médicos de la comunidad, utilizan el poder de las plantas sagradas portadoras del saber que se encuentra en la naturaleza y que ha sido rescatado mediante el legado y la memoria ancestral. El meraya, actúa mediante la sabiduría otorgada por las plantas medicinales mostrando las enseñanzas de los espíritus semidivinos. Por último, el yube, es un curandero especializado en extraer ciertos elementos de la naturaleza para la curación y la sanación. A pesar de la complejidad y riqueza del mundo chamánico dentro de la cultura Shipibo-Konibo, hoy en día la figura más importante es la del onanya. Por lo general, la adquisición de estos poderes místicos se obtiene mediante la herencia de los antepasados, por elección de los espíritus y en excepciones, de manera voluntaria a través de un maestro.

Para lograr conectarse con el mundo etéreo, los onanya utilizan diversas plantas sagradas como la ayahuasca, a la que ven como un medio para sanar y para traspasar los límites de lo cotidiano, accediendo al mundo espiritual. Dentro de esa concepción mística, esta planta permite el ascenso de

la conciencia humana a la dimensión divina, provocando el despertar de la conciencia. Tras la preparación a cargo del onanya, su ingesta promueve la entrada a estados de conciencia modificados apareciendo visiones reveladoras a las que la tradición amazónica reconoce un valor curativo. El uso de esta medicina para conectarse con el más allá es uno de los elementos que definen la identidad cultural y la tradición del pueblo Shipibo. Hay otras plantas que han sido utilizadas ancestralmente por esta cultura para servirse de los poderes curativos que se encuentran en la selva y que son empleadas en los rituales y ceremonias junto con la ayahuasca para poder entender el mundo desde una conciencia a la que la percepción de los sentidos no puede llegar. Una de ellas es el toé, considerada como una planta visionaria reveladora del futuro y portadora de enseñanzas para aprender la medicina natural. La chacruna es para el pueblo Shipibo-Konibo otra de las plantas que poseen la energía de la Madre Tierra y se suele añadir en la preparación junto con la liana de la ayahuasca en busca de esa limpieza espiritual y física. Por otra parte, la tradición amazónica contempla una gran variedad de plantas para los procesos de sanación del humano, a las que otorgan



desde esa perspectiva animista propiedades divinas de protección y suerte consideradas por la cultura amazónica. Es el caso, por ejemplo, del yahuar piri piri, un bulbo con diversas propiedades curativas que influyen positivamente sobre el cuerpo humano.

Dicha relación de convivencia, de armonía y de respeto entre todos los seres que habitan en el universo y esa peculiar perspectiva cosmogónica queda delicadamente reflejada en cada uno de los diseños que las mujeres Shipibo-Konibo componen a la hora de plasmar su arte. La sensibilidad con la que trabajan sus artesanías da como resultado una obra llena de una simétrica cosmovisión, repleta de simbología astronómica y de la energía vital que mueve el cosmos.

Mientras realizan sus trabajos artesanales las mujeres cantan con sus hipnóticas voces, como si cada trazo que dan, cada puntada, se correspondiera a una melodía. Estos cantos, conocidos dentro de la cultura Shipibo-Konibo como ícaros, también son muy importantes en los rituales de las plantas sagradas donde mediante diferentes melodías invocan a los espíritus de las plantas. Para las mujeres artesanas, los ícaros son fuente de inspiración a la hora de crear su arte, ya que



funcionan como canal de comunicación entre ellas y sus antepasados, recogiendo toda la sabiduría que alberga el pueblo Shipibo-Konibo y retratándola en sus producciones artísticas.

La iconografía desarrollada en el arte Shipibo-Konibo sobre diferentes soportes pone de manifiesto la relación entre los diseños y las visiones derivadas del uso de las plantas madre. Por otra parte, el análisis de su arte aporta claves para la interpretación de la cosmovisión amazónica y nos ayuda a comprender que no se trata meramente de un arte figurativo sino de la materialización de la energía o fuerza cósmica. No obstante, la calidad de los trabajos de las mujeres artesanas también persigue una finalidad estética, que ellas mismas consideran terapéutica. La variedad en los grafismos y en las formas de sus diseños provocan un conjunto visual armónico compuesto por una exquisita escala cromática.

Para la realización de sus obras, fundamentalmente en los telares y tapices o en el desarrollo de murales, las mujeres artesanas no emplean patrones, ni hacen ningún tipo de maqueta ni de bosquejo, por lo que no utilizan ningún instrumento o método para medir los trazos. A la hora de diseñar sus proyectos artísticos se colocan frente al material y empiezan

a dibujar guiadas por las visiones de sus pensamientos. La inspiración basada en esas visiones está influenciada por la transmisión de conocimientos de generación en generación y queda retratada en cada fase del proceso creativo. Las composiciones representadas en los tapices muestran un entramado de caminos interconectados entre sí, que viajan comunicándose entre sí y transportando conocimiento, objetos y poderes místicos. El producto resultante de toda esta sinfonía de saberes, tradiciones, memoria y conocimiento ancestral, son unas obras artísticas colmadas de la mitología que mantiene la cultura Shipibo-Konibo, donde la representación del agua, de los ríos, los animales, como la boa o los peces, o el conjunto de las plantas y árboles de la selva adquieren un protagonismo central en cada creación.

El arte Shipibo-Konibo viene a recordarnos cómo, en el universo, todo y todos estamos conectados a una misma fuerza, la naturaleza.

TEJIENDO EL PAISAJE

«Las plantas de vida o plantas sagradas», consideradas por ellas como las inspiradoras en sus diseños a través de las visiones que tienen mediante la medicina tradicional de las comunidades.

Las líneas concéntricas que dan refugio al resto del bordado simbolizan el agua, los grandes ríos de la Amazonia, de Ucayali.



Refleja cuatro mundos, el mundo del agua, el mundo de la tierra, el mundo del bosque y el mundo de los astros, y de la conjugación de todos ellos emana la sabiduría.

Representan los ríos más pequeños y el mundo animal que habita en el agua, como los peces.

* Pudiendo relacionar la cosmovisión explicada al conjunto del pueblo Shipibo-Konibo, la interpretación de este diseño es personal y única, al igual que el resto de las piezas que realizan.

AGRADECIMIENTOS

Koshi Nomabo, «La Fuerza de las Mujeres», es el reconocimiento a los pueblos originarios de la Amazonia peruana en su labor por la defensa de la naturaleza.

Es la representación de una muestra de obras artísticas que revalorizan la sabiduría ancestral que poseen los habitantes de la selva.

Es cultura y tradición en cada trazo, en cada puntada... es una alabanza a la Madre Tierra.

Gracias al conjunto de mujeres y madres artesanas del pueblo Shipibo-Konibo por abrirnos su corazón y desde ahí mostrarnos la riqueza de su identidad cultural, de su saber milenario y su manera de interpretar y entender el mundo que nos rodea.

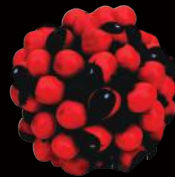
Gracias por compartir con nosotros y con el resto del mundo un modelo eco-sostenible basado en el respeto por el conjunto de los seres vivos que habitamos en este planeta. Gracias por el trato, por la delicadeza y por abrirnos las puertas de vuestras casas para la toma de fotografías y entrevistas, gracias por invitarnos a conocer el interior de vuestras raíces.

Koshi Nomabo es un regalo para todas ustedes: Olinda Silvano, Wilma Maynas, Idania Valles, Sadith Silvano, Dora Inuma, Brigida Flores, Julia Ramirez, Elva Tananta, Pilar Arce, Mari Silvano, Jade Rodriguez, Silvia Ventura, Cristy Cauper, Laydis Ricopa, Marciela Lautate, Zoila Mainas y para todo el conjunto de madres artesanas Shipibo-Konibo.

Agradecemos al Centro de Iniciativas para la Cooperación al Desarrollo (CICODE) y a la Universidad de Granada permitirnos llevar a cabo este trabajo y apoyarnos con la difusión del material.

Gracias.
José Jaime Burón Álvarez
Pablo Buil Legaz

diseño gráfico: javiesquiter.com





UNIVERSIDAD
DE GRANADA

